

EL BURRO ENCANTADO

Al arroyo de Valdetiego, en el camino de Villanoble á Estercolera, llegaba Victorino, cuando sintió patuquear tras de sí, volvió la cabeza y se encontró con su vecino y especial amigo Bonifacio, más conocido por *Narices*, á causa de la frecuencia con que repetía esta interjección huyendo de otras más usuales y menos inocentes, el cual iba montado en un burrín espeluciado y tan pequeño que casi le dejaba posar los pies en el suelo.

—¡Hombre!... ¿A dónde caminas de parte de tarde?—dijo Victorino al que llegaba.

—Allá voy á la *ciudad*,—le contestó su amigo, pronunciando la última palabra con marcada ironía.

—¡Valiente ciudad de M...orcilla!—replicó el primero.

—¡Ya, ya, narices!... ¿Y tú vas allá también?

—También voy á ese pueblo indecente y

*

sucio que... ¡cuándo será el día que entre el río por él á ver si le lava!...

—Pues yo voy á moler esta fanega de pan; porque acá este narices de este molino de los Caniajos, siempre está descompuesto... como ellos... Cuando salí de entre las casas, ví uno que venía delante, y dije: «¡narices! aquél parece Victorino»... y apreté el paso hasta alcanzarte...

—¡Amigo! como vienes en patas ajenas...

—¡Sí, narices!... ¡Si vieras qué á gusto vengo!...

—¿Y dónde te has hecho con ese buche?... ¿Dónde tienes la *Linda*?...

—¿La *Linda*? Déjame en paz, narices, que no me quisiera acordar... Me la pidió la moscancia de mi primo Fidel para ir á Santa Catalina, porque se la figuraba, narices, que si no iba ella en una yegua bien alta no había nada que ver en la feria...

—Hombre, naturalmente: las mozas ¿á qué están más que á darse á ver y á lucirse?... Dicen que el que no anda no tropieza, y más fácil es que tropiece tu sobrina, vamos, que alguno se fije en ella yendo en una buena caballería, que si fuera á pie zaparrastreando.

—¡Igual, narices!... Si ella fuera algo más estojosa... Pero así... gran cabalgadura, y luego nada... lo que dijo el otro...

«Para tres maravedís de pelo, siete varas de cordón»... La dije que no la podía dar la yegua porque tenía que ir á moler; pero me dijo que para ir á moler, ella me dejaría recadado un burro, y me recadó éste que... mira cómo voy, con los pies arrastrando como quien dice... Y no será malo si no se estrulla á lo mejor con el pan y conmigo en algún charco.

—Pero ¿de quién es, que no le conozco yo por de acá?

—De un narices de un quinquillero y *gobernador* de platos, que posa en su casa, narices... Y tú ¿qué viaje llevas?...

—Uno que estaba bien excusado... Allá voy á cobrar un poco de lana de aquellos que la mujer le vendió, ya el otro sábado, al escribiente de Medio-Minuto para un colchón...

—¡Narices! ¿Y vendísteis la lana?... Pues hicísteis mal, narices.

—¿Por qué, hombre?

—Porque ahora anda al desbarate, y tiene que valer cerca del doble. ¿No sabes el refrán, narices? «Año seco tras el mojado, guarda la lana y vende el hilado»...

—Pero como no había hilado que vender y hacía falta el dinero, por esta vez no había más remedio que desentenderse del refrán y vender la lana... Y el caso es que quedaron en mandar el importe al día si-

guiente, han pasado cerca de dos semanas, y ¿tú lo has visto?... pues yo tampoco... Porque estos cagatintas, mucho presumir, y si viene á mano no se acuerdan de pagar lo que deben...

—¿Y vas en cuenta de volver pronto?... Porque si no te entretienes demasiado, podemos volver juntos.

—Quien se entretendrá serás tú, que tienes que moler; yo luego despacho... Con el dinero ó sin él, vuelvo en seguida.

—Pues yo tampoco pienso detenerme mucho.

—Según esté el molino.

—Que esté como esté, narices; por muy ocupado que esté, á mí no me detienen... ¡Tendría gracia, narices, que me hicieran á mí esperar! Si es necesario, sacan de la tramoya el pan que tenga para echar lo mío...

—¡Tan amigo eres del molinero, eh!

—Del molinero y del amo, narices... ¿Pues tú no sabes la intimidad que ha habido entre *D. Grabiél* y mi persona?... Es verdad que tú eres mucho más joven y no te puedes acordar de aquellos tiempos. Pero allá cuando él era *Gravelón*...

—Eso también lo es ahora, y más bruto que entonces, regularmente; porque en ese yo creo que la bruteza va como la edad: siempre en aumento...

—Pues sí, narices: ¡si vieras qué buenas las hemos corrido juntos en nuestra mocedad! Y luego cuando pretendía acá á doña Inés, á los pocos años de haberse quedado viuda, que estaba tan guapa, yo le acompañaba y era su confidente y su paño de lágrimas, como quien dice, y le protegía en todo.

—Pero dicen que le dió unas calabazas muy gordas...

—Sí, es verdad; y no podía menos de sucederle eso, porque, como dice el refrán: «no se hizo la miel para la boca del asno»; pero quiere decirse, que de todos modos yo le serví á finas veras, hice por él todo lo que pude, y él bien lo sabe... De manera que, mira tú... ¡Para que á mí me hagan esperar en el molino!... A más de que también es amigo el molinero: siempre que vengo á moler me convida, y si quisiera quedarme esta noche á cenar, tampoco me había de faltar buena cena, porque no es tacaño.

—Irás teniendo ya el riñón cubierto, ¿eh?

—Yo lo creo, narices; ¡tal oficio tiene él!... Porque hay que desengañarse que, á buen año y malo, molinero ú hortelano, pues como sin pan no se puede pasar, el molino nunca está ocioso y siempre está cayendo la renta...

—Sí: más seguro es eso que ser labra-

dor, que se cansa uno de trabajar, y á lo mejor tarda en llover, ó llueve demasiado, y trabajo perdido...

—Ya se ve que sí, narices; y si no aquí tienes esta tierra mía (señalando á una de la orilla del camino), que no ha hecho papel de nacer, y no tiene más que cuatro cañinas.

—Bueno: esa también hay que mirar que estaba muy mal arada y no podía nacer muy fuerte.

—¡Qué mal arada ni qué narices!... Más produce el año que el campo bien labrado, dice el refrán; y créete que si hubiera llovido á tiempo, mal arada y todo, estaría pomposa como esa tuya, que está igual que en los mejores años.

—Es que esa, además de estar bien arada y bien abonada, la sembré muy pronto.

—No me aparto de que sea eso... Ahí tienes una cosa que casi siempre pinta bien... Porque también hay otro refrán que dice: «poda tardío, siembra temprano; si un año yerras, acertarás cuatro»... Y de otro modo: «siembra temprana, maron seruendo, para perderse un año se ganan ciento»...

Quando fueron llegando los dos amigos cerca de la entrada del pueblo, donde se te-

nían que separar, trataron de ponerse de acuerdo para la vuelta.

—Yo—dijo Victorino—ya sabes que no me detengo allá nada. En cuanto me paguen... Y si no me pagan, lo mismo: la ida por la vuelta. De modo que entraré por el molino á buscarte, y si es que tan pronto te han de moler el pan, te espero y vamos juntos.

—Pues yo—dijo Narices,—mientras me lo muelen tengo que ir á casa del Chivo á darle razón de un pellejo de garduña y otro de léndrigo; pero tampoco me detendré gran cosa; de manera que cuando tú vengas ya estaré otra vez en el molino, y si no estoy, me esperas, que estaré llegando.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Dicho lo cual, Bonifacio se apartó hacia la izquierda, cogiendo una calleja llena de agua que por entre unas sebes iba á dar al molino, y su compañero siguió en derechura á la calle principal del pueblo.

En cuanto dejó Narices el pan en el molino, encargando al molinero que se lo echara y se lo moliera en un Jesús, volvió á montar en el burrín para no mojar, pues las calles de Estercolera están siempre llenas de lodo, y se fué á casa del Chivo, que era una taberna, á dar la razón que decía.

Llegó á la puerta, llamó, le respondieron que «adelante», y entró en la cocina, donde un alguacil, el juez y un procurador estaban merendando un guisadillo de carne con pimientos.

El alguacil, que era amigo suyo y tenía con los otros dos comensales bastante confianza, le brindó á participar de la merienda, diciéndole:

—Mira, llegas á tiempo: toma aquí una tajadilla con nosotros.

—Muchas gracias; que haga buen provecho,—le contestó Narices.

—Anda, que por eso no dejaré de hacernos buen provecho,—le replicó el otro.

—No, no: gracias; no hay falta por ahora.

—Vamos, no te hagas de rogar, puñe-fla... ¿O lo haces porque cuando caiga la ocasión hagamos los demás otro tanto?

—No, eso no, narices...

Y vencido por la insistencia del alguacil, que también sus compañeros apoyaban, y especialmente por aquella última consideración, porque no se creyera que huía de estar á la recíproca, cogió un tenedorcillo de hierro que le alargaban, y metió mano al guiso.

—Siéntate—le dijeron:—¿ó es que quieres crecer todavía?

—No estoy cansado,—contestó.

—Vamos, siéntate aquí; no seas bobo—insistió el alguacil haciéndole sitio en el escaño que los tres ocupaban,—que, buen año ó mal año, cuatro caben en un escaño.

Y aceptando Narices la proposición, se sentó á gusto, comió hasta que se desocupó la tartera, bebió hasta que se vació la jarra, y de compañero con el juez, contra el procurador y el alguacil, jugó á la brisca hasta que fué de noche, sin acordarse de que había dejado el pan en el molino.

Rato hacía que su amigo Victorino le esperaba en él, parleteando con el molinero, cuando, en una pausa de la conversación, le dijo éste:

—Mucho tarda en venir tu compañero: puede que le hayan convidado á merendar.

—¡Ah! Pues entonces, Dios sabe cuándo le veremos el pelo—dijo Victorino;—porque ese hace lo que el cuervo del diluvio: como encuentre carne, no se acuerda de volver al arca.

Rióse el molinero, á quien hizo gracia la comparación, y mientras tanto se le ocurrió á Victorino una idea diabólica que comunicó á su interlocutor inmediatamente.

—¿Vamos á darle un susto cuando venga?—le dijo.

—¿Un susto?... ¿Cómo?—dijo el molinero.

—Verás... El ya no puede tardar mucho, porque donde quiera que esté, bien verá que es de noche... Pues vamos á esperarle en esa calleja de entre las cerraduras; nos ponemos uno á cada lado, detrás de las sebes, atravesamos un cordel... ó un palanco... ¿tienes por ahí algún varal?...

—Sí: aquí hay uno bien largo, mira...

—Ese es bueno...

—Y ahí en la portalada hay otro lo mismo.

—Bien: pues cogemos tú uno y yo otro, nos ponemos uno á cada lado como te digo, cruzamos los varaes en el medio de la calleja, y cuando llegue montado en el burro no puede pasar y le tenemos un buen rato detenido en medio del charco... Verás qué escena...

—Nos va á ver—objetó el molinero,—ó va á ver los varaes.

—¡Qué nos ha de ver—replicó Victorino,—según está de oscura la noche!... Y luego él, que no ve tres sobre un asno... Anda, vamos á prisa...

Se dejó convencer el molinero, y se ejecutó el plan de Victorino tal como le propuso.

A poco de estar los dos con sus varaes trancando el pasadizo, hablándose en voz baja de un lado á otro y encargándose mu-

tuamente silencio y formalidad para no reirse, sintieron pisadas menudas como de caballería menor, y luego el castañoleo especial que se usa para arrear el ganado, y que se produce pegando la lengua al paladar y despegándola con fuerza, clac, clac, clac, seguido de estas palabras:

—¡Arre, burro!

—Ya está ahí,—se dijeron.

—¡Silencio!...

—¡Chist!...

Entró Narices por la encharcada calleja encogiendo un poco las piernas para no mojárselas y arreando su burro, que, naturalmente, al llegar á la improvisada portillera se quedó parado.

—¡Arre, burro!—dijo Narices dándole una varada en las ancas.

Nada: el burro quieto.

—¡Arre, burro, narices! ¡arre, burro!—dijo dándole otras tres varadas seguidas.

Ni por esas: el animal no se movía.

—¡Arre, burro!... Pero ¿qué narices tiene este animal?... ¡Arre, burro!...

Y palo va y palo viene, y madreñazos... que no solían dar en la barriga del burro, porque como él tenía las piernas largas, cruzaban por bajo y daban las madreñas una contra otra con gran estrépito... Y el burro como si tal cosa.

—¡Arre, burro!... ¿Dónde está la mi ye-

güica querida, narices?... ¡Arre, burro!... ¡Mal haya sea un presidio, narices!... ¿Por qué daría yo la mi yegüica?... ¡Arre, burro!

Y una lluvia de palos en las ancas y en las orejas y en todas partes, y un estruendo de madreñazos acompañaban al patético discurso; pero el pollino sin moverse.

Cuando más, al sentirse muy hostigado á golpes, hacía un conato de arremetida; pero tocaba con el pecho el obstáculo, é instantáneamente volvía á pararse.

—¡Arre, burro!—seguía diciendo Narices.—¡Dios mío! ¿Pero qué tiene este burro?... ¡Ave María Purísima! Esto es el pecao... ¡Arre, burro! Este burro está encantao, narices... ¿Quién me querrá á mí mal, Dios mío?... ¡Virgen Santísima!... Esto es el enemigo: mal año para él... ¡Arre, burro!... Nada: ni pa atrás ni pa adelante... ¡Jesús, María y José! Aquí anda el diablo, Dios nos libre...

Viéndose ya muy apurado, se decidió á llamar á su compañero de viaje y al molinero, suponiendo que estarían en el molino, desde donde le podían oír bien, porque estaba cerca.

—¡Victorinooo!... ¡Pascuaaal!... ¡Arre, burro!... ¡Pascuaaal!... ¡Victorinooo!... ¿Dónde estarán aquellos cascachiflas?... ¡Arre, burro!... ¡Nada, narices: parece que

le han clavado aquí! ¡Dios mío!... ¡Esto no puede menos que sea cosa del demonio!... ¡Ave María Purísima!... ¡Jesús, María y José!... ¡San Antonio bendito!... ¡Arre, burro!... Nada... A ver si puedo siquiera volver para atrás... porque ¿cómo me apeo aquí en el agua?... ¡Torna, burro!...

Y al pegarle un palo muy fuerte á un lado de la cabeza para hacerle dar vuelta, quiso el burro revolverse de pronto, se le enredaron los corvijones y se cayó de medio atrás, quedando el jinete de pies en mitad de la laguna con el agua hasta las rodillas.

Entonces Victorino y el molinero retiraron poco á poco sus varaes y se marcharon callandicamente al molino.

El pobre Narices, como ya se había mojado las piernas y no tenía en este particular nada que perder, bandeó el charco de un lado á otro, convenciéndose de que no había obstáculo alguno, y confirmándose con esto en la idea del encantamiento, de la intervención de algún agente diabólico, cuando no del mismo diablo en persona.

Con el burro de cabestro se dirigió al molino, donde encontró á su acompañante y al molinero sentados tranquilamente al amor de la lumbre y haciéndose los adormitados.

—¿Cómo has tardado tanto, morral?—le dijo Victorino esperezándose.

—¡Cómo has tardado tanto! (remedándole)... Mejor era que hubiérais salido cuando os llamaba, narices. ¿No me oíais llamar?...

—No... ¿pero has llamado?...

—¡Ya, ya, narices!... Bien dormidos estábais...

—Pero ¿por qué no viniste primero?

—Porque estaban allí merendando el alguacil Tartaja, el procurador Redruñas y el señor juez, y me hicieron tomar un bocado con ellos, y después...

—¡Chico!... ¡chico!... ¡y merendaste con el juez! ¡Y te llamé morral!... Perdona usía...—le dijo Victorino quitándose el sombrero y haciendo ademán de arrodillarse.—Déjame que te haga la reverencia...

—Déjate de mojigangas, narices... ¡Bueno estoy yo para tener gana de fiestas!...

—Pues ¿qué te ha pasado?... Parece que estás descolorido...

—¡Mira qué milagro, narices!... ¡Ya, ya! ¡no ha estado mal!...

Y mientras se secaba á la lumbre los chapines y las medias, les contó muy asustado lo que le había sucedido en la calleja con el burro.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Un poco de prólogo.....	5
El fenómeno.....	24
Lo hizo de gracia.	31
La ley perruna.	51
El espíritu del imán.....	59
¡Un buen hayuco!.....	75
Demasiado pronto.....	85
El milagro al revés.	99
Historia de una rodaja de salchichón (contada por ella).....	111
Reflexiones.	127
¿Quién paga?.....	135
La cobranza (segunda parte).....	151
Una definición.....	161
El reconocimiento.....	169
Asperges.....	179
Los maimones.	187
El criado mayor.	199